

La experiencia que aporta la fe cristiana en el presente

NUESTRO tiempo se balancea entre «la muerte de Dios» heredera de la secularización y un nuevo «Dios a la vista» voceado por una serie de sectas y movimientos religiosos actuales. En medio, ¿qué espacio queda para la fe en el Dios de Jesús? El autor analiza en estas páginas el empeño de los cristianos de aquí y ahora no sólo por mantener su fe en medio de una sociedad pluralista como un experiencia abierta al mundo con optimismo transformante, sino también para ofrecerla a los demás como una opción constructiva y solidaria

Antonio García Rubio*

La ausencia favorecida

AL comienzo de la novela *La hija del caníbal* (1), Rosa Montero nos sitúa ante el drama de una mujer que pierde

(1) Rosa Montero: *La hija del caníbal*. Ed. Espasa, Madrid, 1997.

* Licenciado en Teología Dogmática. Párroco. Colmenar Viejo (Madrid).

a su marido en el aeropuerto, cuando van a comenzar un largo viaje. El marido se va a los lavabos y no vuelve más.

En lo que se refiere a Dios, nuestra sociedad, e incluso muchos creyentes, tienen una sensación semejante a la que describe Rosa Montero ante esa pérdida que refiere en su relato: parece que Dios se ha marchado a hacer algún mandado, no vuelve y no somos capaces de encontrarlo. Dios está ausente y no hacemos mucho para que aparezca en la escena humana y social. Hay que considerar su ausencia como favorecida por el hombre mismo.

Son pocos los que viven con referentes religiosos externos y son muchos los que dicen no tener referentes personales internos que aporten algún tipo de certeza sobre Dios. Para algunos, Dios se acaba de marchar apenas hace un momento; para otros, son ya prolongados los años en los que experimentan su ausencia; de éstos, algunos se ven sorprendidos, a veces, por una cierta nostalgia que no acaba de conmoverlos; a otros no les queda ya ni el recuerdo de su paso, si es que notaron que lo hubo en algún momento, por sus vidas (2).

Los hay que han encontrado un camino complicado de salida, al fijarse en manifestaciones deformadas de Dios o de lo religioso; es la situación que se manifiesta en las seclas, en el fenómeno de las videncias y, en general, en el efervescente mundo esotérico. *«Nos hemos visto tiránicamente atados a la superficie. Esta represión de lo sagrado, en expresión de P. L. Berger, tenía que aflorar por algún sitio. Y, siguiendo la sugerencia psicoanalítica, aparece ahora en manifestaciones deformadas, aberrantes, de eso reprimido. He aquí una explicación cultural de la ola nebuloso-esotérica que nos invade»*(3).

Quedamos unos pocos locos que continuamos diciendo que Dios está, que Dios es y que Dios continúa dirigiendo los pasos de la historia, a pesar de que algunos lo deformen y de que sean tantos los que no lo perciban y a los que tampoco parece interesarles de un modo especial.

Un empeño aventurero

¿POR qué este empeño nuestro en pretender vivir de cara a Dios, cuando todo parece querer decirnos y demos-

(2) He aquí un testimonio directo del libro de Rosa Montero citado anteriormente, p. 34: *«Como no soy creyente, para mí esta emoción del Más allá se confunde con el deseo de belleza... Estoy hablando de cosas vulgares y cotidianas, porque, ¿qué puede haber más típico y rampón que ese afán de ser y no morir?... Hasta los idiotas tienen inquietudes trascendentes y aspiran alguna vez a la eternidad. La metafísica es la más común de las bajas pasiones»*.

(3) José María Mardones: *¿A dónde va la religión?* Ed. Sal Terrae, Santander, 1996, p. 29.

trarnos con contundencia que Dios ha muerto, que está muy mal herido, que es algo del pasado o que está reservado para mentes enfermas?

Aquí comienza, ciertamente, un empeño aventurero, una búsqueda en nuestras propias vidas. Es posible que Dios se nos haya despistado, o eso nos creamos; pero nosotros, los creyentes, como nuevos Quijotes o como nuevos Pablos, hemos de estar dispuestos a emprender la búsqueda más apasionante de cuantas nos imaginamos, y, además, en este momento de la historia. Esta búsqueda hemos de realizarla hoy contra corriente, contra una potentísima corriente humana y social que pretende arrastrarnos y desviarnos.

Afirmamos con contundencia que *los cuatro locos* que quedamos como creyentes lo tenemos difícil, pero, sin embargo, muy atractivo y apasionante. Este momento de la fe es, sin duda alguna, para tozudos, para fieles, para gente especial a la que no le importe, como al Maestro, perder una y otra vez. La experiencia cristiana de la fe necesita héroes silenciosos que estén dispuestos a perder a cada paso, afianzados en la espiritualidad de una pérdida amada que acaba encontrando lo increíble, y de una cruz que aporta luz y sentido, y que es «*necedad y encándalo*», en términos paulinos, para los que no comprenden.

¿Una sociedad frívola?

PARA esta sociedad del dinero fácil, del capitalismo salvaje, de la cultura posmoderna, del olvido de los que no cuentan, de los «*gnaps*», de los triunfadores caros por el hecho de lucir el cuerpo o de dar toques a un balón, de la frivolidad televisiva a la que nos enganchan por cansancio, la fe cristiana, nuestra fe, representa poco o casi nada. Cada vez parece interesar a menos gente y, desde luego, no les interesa para nada a los poderes económicos. No hay más que mirar las programaciones televisivas. La fe no cuenta.

Lo religioso, en cuanto fenómeno social y político, que mantiene un determinado rictus de poder, interesa por el potencial de fuerza que conserva, pero no interesa por su significado último, por su verdadera aportación a la humanización de la sociedad y por la apertura de frentes únicos y novedosos de esperanza y de gracia que comporta para el ser humano.

Parece lógico que sea así. No está mal que caigan condicionamientos, artificios y prejuicios en el mundo creyente y hemos de dar gracias a Dios porque «*el pan sea pan y el vino sea vino*», porque lo cristiano tenga cada vez menos poder

socio-político y, de ese modo, llegue a ser lo que tiene que ser y no se convierta, una vez más, en lo que no es, en fermento de una masa amorfa pero con aparente «pedigrí» burgués. «*Tal vez sea una bendición el que se haya roto la ilusión de que vivimos en una sociedad cristiana en su conjunto. Tal vez esto ayude a ver con claridad que la Iglesia tiene que andar su propio camino*» (4). El cristiano ha de estar atento a la voluntad de Dios y saber leerla en los signos de estos tiempos, aprendiendo a interpretarla en medio de la historia como una gracia. De nada sirven los pesimismo y los derrotismos. Del mismo modo que cuando la bolsa está sobrevalorada tiene que tener una fuerte crisis para ponerse en el realismo de lo que es, así también las iglesias han experimentado, en los últimos años, un punto más justo en la incidencia de la fe en la sociedad. Ya pasó la época en la que se tenían a favor los privilegios del poder y del peso la historia, viviendo ahora más en la precariedad e inestabilidad, con el solo apoyo de Dios y de la comunidad de los creyentes.

La gente común hoy vive, generalmente, sin religión, y lo hace tan «ricamente». «*Porque la secularización de la cultura termina con frecuencia en la secularización de las conciencias... el hombre termina por hacerse sordo a toda llamada religiosa, instalarse en la más completa indiferencia y declararse absolutamente "sin noticia de Dios"*» (5). Viven sin fe y no se mueren. Algunos mantienen atisbos de una religiosidad elemental, pero cada vez más alejada de una fe que sea verdadera aportación a la vida humana. Van de compras; trabajan, los que pueden y como les dejan; tienen familias no muy largas; ven la tele, quizás en exceso; van al fútbol y se apasionan por él; se van de vacaciones al Caribe y vuelven tan contentos, contando lo muchísimo que han disfrutado y la pobreza que han visto de lejos; se les mueren los seres queridos y se reponen con facilidad con unos días de descanso; comen deprisa porque tienen toda la tarde ocupada; no se pueden parar con casi nadie porque no tienen tiempo; llegan rendidos a casa y se duermen en el sofá viendo programas basura de la tele; van al banco y tienen la sensación de que existe un grifito de felicidad que se les da en el cajero con el dinerito siempre fresco; tararean mientras se afeitan; buscan con ahínco una residencia para el abuelo, porque, «*es comprensible*», no tienen sitio para él en su lujosa mansión y no conviene que moleste a los chicos, cuya misión ahora es estudiar relajadamente y sin la presión de tener un abuelo en casa...

Es fácil lanzarse en picado contra esta absurda sociedad que se ha dejado comer su energía y que se sabe manipulada, pero incapaz de cambiar el

(4) Gerhard Lohfink: *La Iglesia que Jesús quería*. Ed. D.D.B., Bilbao, 1986, p. 144.

(5) Juan Martín Velasco: *La experiencia cristiana de Dios*. Ed. Trotta, Madrid, 1995, p. 21.

rumbo fatalista de los acontecimientos. La impotencia es la muestra más escandalosa y escalofriante de esta sociedad que todo lo justifica, pero que se sabe minada y derrotada por dentro, impotente ante la generación abusiva de un poder inmisericorde que se ha infiltrado en todas sus estructuras. No prerendemos, a pesar de los tintes negativos con que describimos el presente, arruinar el pensamiento y la vitalidad humana y dejarnos arrastrar por la negarividad. No. Pero: «¿Cómo callar ante la indiferencia religiosa que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia?» (6).

Pretendemos conocer lo que esta vida produce en el hombre, haciéndolo desde la sabiduría y el optimismo de la fe y desde la implicación de nuestro ser en la cultura y en la sociedad actuales. Huyamos del catastrofismo, aunque a menudo nos salgan frases rotundas con relación al futuro de la humanidad. El mundo y el hombre están vivos y la fe cristiana tiene que presentar su alternativa. Son muchas las llamadas positivas que recibimos desde ángulos distintos. «*La ética de la supervivencia desemboca, lógicamente, en una apremiante incitación a la acción. La moral planetaria insiste en que el inmovilismo supone para la humanidad un peligro mortal, y dirige al conjunto de los humanos una verdadera llamada a la movilización. Su proclama contiene un voluntarismo optimista... No nos engañemos respecto a las expresiones catastrofistas que se emplean tan a menudo... La moral planetaria señala con toda claridad que aún no hay nada definitivo*» (7).

Desde esta perspectiva, no dejamos de constatar el crecimiento de la conciencia social, de la conciencia que avisa, aunque no tenga la luz y toda la razón, que «*o vamos todos o esto se hunde*»; el deseo, mil veces formulado, de que los hombres somos iguales en dignidad y derechos y de que no podemos dar marcha atrás en esa adquisición humana que nos libera. El pueblo sabe que no puede ceder en esta conciencia a pesar de los vaivenes a los que es sometido desde los poderes que controlan la sociedad. Son innumerables, en medio de la miseria a la que nos someten las estructuras de poder de este mundo, los rasgos positivos que encontramos en el comportamiento solidario y en las apreciaciones que se hacen desde el mundo del arte, de la cultura, de la ecología, de la ciencia, de las religiones... Los hombres y las mujeres, cada vez más, quieren vivir en un planeta limpio, justo y libre, en el que los seres humanos puedan intentar la aventura de la felicidad, siempre amenazada. La conciencia social que lucha por un mundo y un planeta respetada-

(6) Juan Pablo II: *Tertio millennio adveniente*, 36.

(7) Michael Lacroix: *El humanismo*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1995, pp. 44-45.

do y solidario es un valor de esta época, como quizá no lo tuvo ninguna generación anterior. La aldea planetaria y sus rápidas comunicaciones hacen que el deseo de una humanidad en la que se abandone el sufrimiento de los débiles sea cada vez más generalizado.

La experiencia cristiana se abre al mundo

ES hora, pues, de que nos planteemos la aportación que puede ofrecer la experiencia de la fe cristiana, hoy, a esta sociedad. La gente llamada cristiana común puede vivir, también hoy, sin Dios y hacerlo tan «ricamente», no nos engañemos. Algunos, por tradición, por empuje de la mujer o por una vaga conciencia religiosa, van a misa los domingos y luego pasean o toman el vermut, pero no les acaba de importar mucho, desde el punto de vista vital, que haya o no haya Dios; están preocupados por el negocio que no anda bien, por los hijos y sus carreras, por el vestido del cócrel del sábado o por las arrugas del cuello. Los hay que aún se molestan en hablar sobre si el cura de turno es simpático en el sermón y no molesta mucho, o bien, si es un plomo o ha desarrollado una impertinente homilía, y poca cosa más. «Cabe un proceso de deformación desde un planteamiento equivocado de la identidad cristiana» (8).

Cualquier observador imparcial que mire y estudie con atención a la gente cristiana, tanto en su vida como en los cultos a los que asiste, podrá sacar como conclusión, en no pocas ocasiones, si el observador no es un hombre o una mujer de profunda fe, que «no hay Dios». Si mira con atención y sin superficialidad los cultos, los hábitos, los modos de vida, las cuentas bancarias, el empleo del tiempo libre, las conversaciones o la sensibilidad social con relación al necesario cambio de orientación en la economía, para acabar algún día con la opresión a la que son sometidos los pobres, no tatará en sacar la conclusión de que la fe en Dios es anecdótica y externa y, por lo tanto, sin una incidencia real en la vida de la humanidad.

Se hace necesario situarse en núcleos y ambientes cristianos en los que se mantenga vivo un espíritu nuevo, el del Evangelio; el espíritu que inspiró el Concilio, que sigue manteniendo viva la llama de la fe en el Señor Jesús, que ha recreado la Iglesia y la sigue llenando de dones, de fuerza, de sabiduría, de inteligencia, de amor...

(8) Saturnino Gamarra: *Teología: espiritualidad*. Ed. BAC, Madrid, 1994, p. 257

El optimismo transformante

Y, así, nos encontramos con una nota fundamental sobre la aportación de la fe cristiana al momento presente de increencia: *el optimismo*, y, éste, a pesar de que se vea turbia el agua de la vida. Optimismo que no nace de una simple contemplación positiva de lo que vemos, sino de la certeza que nos da el hecho de creer en un Dios providente, misericordioso y que cuida, con sumo amor, de la obra de sus manos. Este Dios vive en el corazón del ser humano y trabaja denodadamente mediante su Espíritu, por instaurar el Reino de su Hijo querido, aprovechando para ello todos los resquicios posibles que le deja el hombre, tanto dentro como fuera de las estructuras de la Iglesia y de las iglesias. Optimismo de la fe, de la confianza básica de la existencia en el hecho, incuestionable para el creyente, de que «*Dios está con nosotros*», a pesar de nuestra impotencia y es Él quien controla el destino del mundo. «*Aún no se ha manifestado lo que seremos*». La esperanza es la que rige los afanes y los desvelos del creyente. Esperanza en lo que nos espera por encima de lo depresivo que pueda resultar el presente. Esperanza que se une intrínsecamente al sentido de confianza de la fe para hacer presente una jugosa experiencia de saber y de compromiso samaritano. Esperanza que, unida al amor concreto de cada día, provoca en el alma humana un toque de alegría que es fruto de la acción de Dios en nosotros.

El optimismo es obra de la gracia. Y la gracia es la expresión más profunda de la presencia y la acción del Misterio Trinitario en nosotros. El hombre y la mujer se ven hoy necesitados de Dios para superar su fea y radical soledad y han de romper el esquema burgués que lleva a «*vivir la vida tan ricamente, sin necesidad de Dios*» y con la mente embotada de consumo y superficialidad. El momento más duro de la existencia del posinoderno se encuentra cuando aparece la fragilidad personal que pone en entredicho toda su menrira, hecha de luces de neón. Cuando el paro, la enfermedad, la ruptura, los problemas económicos, la soledad afectiva, etc., llegan a un ser humano o a una familia, entonces se percibe la desgracia, la carencia de gracia, de tal manera que los más débiles y frágiles se sienten tentados de depresión, de suicidio o de hábitos destructivos.

El hecho de vivir, de respirar, de observar la naturaleza, de participar en las obras humanas, de transformar la tierra, de cuidar de los seres vivos, de contemplar, de trabajar, de experimentar el placer, de degustar el alimento, de comunicarse, de amar y ser amados, de tener amigos, de disfrutar de la noche, de pasear, de sumergirse en el océano, de viajar en avión o en barco, de concentrarse en la solución de un problema, de crear arte, de impregnar

y mantener las culturas, de mirar a un niño o a la mujer amada..., todo eso es motivo de alegría, de gozo y de una cierta plenitud. Es decir, es verdad que el ser humano está hecho, constitutivamente, para disfrutar y sufrir, para gozar y esforzarse, y para encontrar en ello un camino de realización en la finitud. Dios nos ha hecho así y eso es, en sí mismo, válido y maravilloso. Eso es lo que le da al hombre el suficiente margen de maniobra para su autonomía y para considerarse dueño del planeta y, con buena dosis de poder, hasta dueño de las vidas de otros seres humanos.

Nunca como ahora había acumulado el hombre tanto poder. Tanto que a veces pensamos que pueda cumplirse aquella parábola, con mal presagio, de la que hablaba Ruben Alves en *Los hijos del mañana* (9): el hombre puede desaparecer víctima de su propio poder. Como el dinosaurio, que, entre otras muchas causas, pudo concluir su existencia en la tierra como consecuencia de la ingente potencia física que había acumulado. Su propio poderío acabó por dejarlo en la fragilidad mortal de la subsistencia. El ser humano hoy está acumulando un inmenso poder que le amenaza ante la imposibilidad de controlarlo. La autonomía del hombre puede volverse también mortalmente contra él mismo.

Cuando el hombre se queda fuera de las estructuras de esta sociedad, es cuando percibe la mentira institucional en la que vive inmerso. No hay más remedio que estar al lado de la mayoría social, la que no está dentro de la alambrada de seguridad, para darse cuenta del cuento en el que vivimos. Estar al lado de los pobres, de los desheredados, de los enfermos, de los parados de larga duración, de las familias rotas o marginales, del Tercer Mundo, de los sin recho, de los depresivos, de los dependientes, es ejercicio suficiente para darse cuenta del mundo sucio e injusto que vivimos, a pesar de los envolverios y sonrisas estudiadas que se le quieran poner. El hombre y la mujer están «*tan ricamente sin Dios*» hasta que dejan de estar «*tan ricamente*» en la sociedad y entonces se sienten tan miseramente vacíos y al borde del precipicio que les precipita en cambios de muerte y de destrucción. El ser humano necesita hoy de Dios. Lo necesita para salir del atolladero, cada día mayor, en el que se adentra sin solución y con creciente sensación de impotencia.

Este argumento no pretende demostrar la necesidad de la existencia de Dios. Dios no necesita que nadie demuestre su existencia, ni el hombre necesita pruebas sobre la existencia de Dios. Lo que necesita es acercarse hasta el descubrimiento y la aparición de un Dios que está en la base de su ser y que le invita a desarrollar todas sus potencialidades ocultas, para llevar a este

(9) Ruben A. Alves: *Los hijos del mañana*. Ed. Sigueme, Salamanca, 1976.

mundo, que se tambalea como Pedro al ver su vida haciendo aguas por todas partes, y que necesita la confianza de sentir la mano amiga de Dios, hasta el Reino de su Hijo.

Necesita el hombre recuperar la confianza en aquello de lo que Dios le ha dotado para hacer posible el cumplimiento de su voluntad y de su designio salvífico y amoroso sobre nosotros. Necesita el hombre saber que no está solo, que su voz no es un triste eco que se vuelve sobre sí mismo, sino que es escuchada, recogida y devuelta llena de gracia, de virtualidad y de fuerza. «*La Historia Interminable*» pedía una Palabra que fuera capaz de acabar con el crecimiento de esa «*nada*» que todo lo devoraba y lo reducía a la inexistencia. Nosotros, cristianos, sabemos que esa palabra ha sido pronunciada. «*En el principio existía la Palabra... Y la Palabra vino a los suyos*», dice el evangelio de San Juan. «*A cuantos la recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios*». El poder está, pues, dado. El poder positivo que todo lo cambia, que nos da la Vida, que nos hace hombres y mujeres nuevos, que nos libera y nos sana. «*Vino a los suyos y los suyos no la recibieron*». Todavía hoy somos muchos los que seguimos con el corazón cerrado ante la Palabra liberadora que nos ha llegado. Por eso el hombre no puede gozar plenamente de la luz de la existencia y anda ensombrecido.

El optimismo, fruto de la experiencia de la fe, es básico y auténtico. Eramos necesitados de este optimismo aportado por la gracia, por el don de la Palabra, por el don de Jesucristo, por su Espíritu. Vivimos inmersos en una noche cultural y social provocada básicamente por «*la experiencia del sufrimiento que todos en mayor o menor medida padecemos; la experiencia agobiante del mal que nos excede pero que de una u otra forma causamos; y la conciencia del sinsentido que origina no pocas formas de ateísmo y de nihilismo que oscurecen la situación espiritual de nuestro tiempo*» (10). El optimismo creyente nos abre a la luz en la noche, en la aceptación de la noche. Es la noche misma del sufrimiento, del mal, del sinsentido, el camino cierto para el optimismo. Y eso es posible mediante la oración.

El bautismo nos constituye a todos como hijos. El bautismo viene a habitarnos con la presencia de la Trinidad santa, en cuyo nombre fuimos bautizados; Dios reposa en nuestro ser y se aposenta en nuestra intimidad más íntima, que diría San Agustín; y, desde allí, nos transforma y nos hace a su imagen. «*Ya no soy yo, dice el cristiano, es Cristo quien vive en mí*». El bautismo nos devuelve a cada paso la conciencia de la oscuridad de la que hemos renacido y nos hace vivir despiertos, refrescados por el agua limpia de Jesucristo, en medio de esta noche cultural y social. La oración nos ayuda a recuperar el bautismo.

(10) Juan Martín Velasco: *op. cit.*, pp. 168-169.

El optimismo cristiano tiene que ver pues, con la experiencia de la fe. Ante un mundo que corre el riesgo permanente en sus hijos de caer en el vacío más profundo, en el abismo de una infelicidad sin fin, la fe cristiana ofrece una salida gozosa, consciente, responsable y que trasciende el hecho mismo de ser. El ser de Dios se entrecruza de nuevo, gracias al Espíritu Santo, con el ser del hombre, para hacer posible un nuevo nacimiento. La obra de las manos de Dios, el ser humano, que se alejó de su ser, que se apartó de su amor y extravió su camino, puede volver a entrelazarse, gracias a Jesucristo, en el misterio de la reconciliación que se nos ha dado mediante la cruz, con el Padre Dios. «*Como un niño en brazos de su madre*», viene a ser la experiencia que nos libera y nos pone de nuevo en medio de la plaza y de la historia. La primera aportación, pues, de la experiencia de la fe es un optimismo transformante que nos llega de la mano de la oración, del encuentro vivo con el Señor.

La alternativa de la fe

PERO hay más, la fe cristiana, en esta sociedad, es un revulsivo capaz de hacernos vivir de un modo alternativo. Los cristianos hemos de ser los primeros en recuperar el sentido de la fe como *alternativa real de vida* ante esta sociedad decadente. «*De tal manera que el compartir el servicio y la solidaridad sean los pilares sobre los que se asienta esta nueva sociedad*» (11). Hay un canto cristiano actual que dice: «*el viejo imperio está muriendo y apareciendo sobre sus ruinas un Reino nuevo*». Esta experiencia que nos aporta la fe, traducida a la vida concreta de nuestro siglo, nos hace vivir lo relativo al cristianismo como una alternativa al sistema de vida actual. Sería un error, eso sí, que nos volviésemos a plantear la fe desde postulados retrógrados, que ya se ha encargado la historia de mostrar como un retroceso y como una manipulación, que presentan el Evangelio bajo la idea de «*cristiandad*». Esta concepción del cristianismo, aliada a los poderes de este mundo y en gran parte identificada con ellos, y a la que algunos se sienten fácilmente tentados de volver, no tiene nada que ver con la propuesta que la Iglesia nos hace, en sus recomendaciones actuales, sobre la nueva evangelización en el marco y el horizonte del año dos mil.

La experiencia de la fe, de la novedad de creer en Jesucristo, en este final del siglo XX, nos conduce a un estilo de vida que muestre la gracia de la

(11) José María Castillo: *Todo lo que es verdad...*. Ed. Paulinas, Madrid, 1990, p. 394.

Trinidad, vivida en nosotros y en la Iglesia. «*De nada sirve decir que amamos a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano al que vemos*» y con el que compartimos el espacio y el tiempo de esta historia concreta.

La experiencia de la fe se transforma en obras de amor que dan validez y autenticidad a lo que decimos creer y a lo que ponemos el nombre de fe. Nunca ha estado la fe cristiana tan necesitada de autentificación como en la época actual, y más si pretendemos volver a salir al encuentro de un pueblo que se nos ha alejado, entre otras causas, por la incoherencia de la vida y la fe de los cristianos. «*Haced lo que ellos dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen*», decía Jesús, refiriéndose a los que practicaban una absoluta incoherencia entre lo que decían creer y lo que practicaban.

El cristianismo no será creíble en la historia por la posmodernidad mientras no sea capaz de mostrar un rostro renovado, no sólo en su imagen externa, sino en la coherencia de su vida. El cristianismo actual ha de centrarse en la experiencia de una fe que toca y cala al hombre desde dentro, para poder volver después, renovado, humilde, frágil, fraterno y alegre al encuentro de su pueblo, del Pueblo de Dios. No podemos seguir dando el espectáculo que denunciaba ya hace años un alumno hindú de una escuela de fe: «*los cristianos de Occidente son bañados desde hace siglos en las aguas del Evangelio, pero son como los cantos de los ríos, se bañan por fuera pero la fe no les cala por dentro*». Aquí resuena también la vieja denuncia profética del «*corazón de piedra que es preciso cambiar por un corazón de carne*». O la misma denuncia de la Escritura: «*Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí*».

Lo primero que se nos pide para ser alternativa en la vida del pueblo, sometido a los dictados del viejo imperio, es un cambio de vida desde dentro, una conversión profunda, íntima pero que se transforme en obras de amor. «*Obras son amores y no buenas razones*», que dice el refranero. El pueblo no nos va a consentir que le digamos bellas palabras y que le ocultemos la Palabra que da vida. El pueblo no va a tolerar que lo engañemos, que nos presentemos con piel de cordero sin serlo. El pueblo no va a escuchar «*cantos celestiales*».

El cristianismo que hemos de vivir como una bella síntesis, en este final de siglo, sentando las bases para el siglo que viene, ha de ser, como decía el padre Rahner, un cristianismo místico, basado en el ser de Dios, en la experiencia profunda de una fe que se transforma en vida social, política, cultural... Ya no sirve un cristianismo externo, de escaparate, de moralina, de dogmática fría y distante, de formas rigurosas o despampantes en lo exterior...

Las notas características de la alternativa cristiana

1. La humildad constructiva es la nota clave de la alternativa que hemos de iniciar. El mundo no está dispuesto a escuchar a una Iglesia poderosa o prepotente. No digo que no haya cristianos «*de los de toda la vida*» que no ansíen una Iglesia poderosa, que los hay y más de los que debiera, sino que el pueblo no va a «*tragarse*» con una Iglesia que no sea humilde y sencilla en su estilo de vida y en su comportamiento, que no sea constructiva y servicial en todas sus apuestas. Todos los caminos que pretendan obligar a ir en una dirección autoritaria tendrán que acabar variando el rumbo si quieren servir al Evangelio y a la sociedad actual. El pueblo espera con ansia una Iglesia humilde, que acepte y reconozca el pecado de su propia historia, que esté dispuesta a servir y a no servirse de las personas, y a construir una sociedad nueva. La humildad constructiva es una de las virtudes que el pueblo de Dios ama más para sí mismo y para sus dirigentes.

2. La dulzura silenciosa es otra de las notas de este momento para la experiencia de la fe. Vivimos un mundo amargo, muy amargo, aunque externamente parezca muy divertido. No hay más que mirar los rostros estresados, sin tiempo, nerviosos o angustiados de nuestros hermanos, para darnos cuenta de que al hombre le sobra contacto con sus sombras y le falta estar unido a su ser más hondo y auténtico, al ser de Dios. La dulzura se refleja en el rostro de los alegres y la alegría es don hondo y profundo, amasado en el silencio, en la silenciosa relación con Dios y con nuestras propias entrañas, que se cargan de misericordia en la medida en la que se sienten visitadas. «*¿Quién soy yo para que me visite?*»

Hace años, una de mis mejores amigas, Vicky, me regaló un icono de Nuestra Señora, pintado por ella y al que yo, nada más verlo, después de contemplarlo, lo titulé *Nuestra Señora del Dulce Silencio*. Ese icono está siempre junto a la cabecera de mi cama. Mi atracción por el silencio ha sido cada día mayor y mi amor por el mismo también. Del silencio siempre salgo dulcificado, lo cual no quiere decir que salga merengue, fofo, derretido o sin conciencia. La contemplación de la naturaleza nos hace experimentar la dulzura de Dios y su silencio elocuente. No hace muchos días, en el bosque finlandés que hay alrededor del monasterio madrileño de El Paular, pude comprobar, con unos amigos del alma, paseando bajo sus olmos y abedules que desparramaban suavemente sus hojas amarillentas, la dulzura silenciosa del

Padre. No hablo de poesía alejada de la realidad. Hablo de la necesidad que los seres humanos tenemos de cambiar el *chip* y ofrecer, desde la fe, una alternativa dulce y fraterna de vida a esta sociedad violenta, agria y amarga, porque es, en el fondo, incapaz de escapar de las redes de sus propios pensamientos y sentimientos negativos, que le arrastran por caminos insolidarios y de muerte.

La silenciosa dulzura a la que somos invirados, al entrar en esta alternativa de la fe, es un don de Dios que aparece en nosotros, en la medida en la que lo trabajamos y nos abrimos a una gracia que ya vive en nosotros. «*La gracia es la participación de la vida en Cristo resucitado*» (12). Es evidente que cualquiera de nosotros, que viva inmerso en esta sociedad, siente la misma violencia y el mismo deseo de devolver violencia ante la violencia. Aún recuerdo la palabra de Helder Cámara invitándonos a renunciar a la generación de espirales de violencia. «*No devolváis a nadie mal por mal*», nos recuerda la fe. «*A quien te abofetea en una mejilla preséntale la otra*», dice Jesús. La dulzura nace de una madurez humana trabajada en el silencio sufriente de la cruz de Cristo en la que hemos de participar cada día. No se trata de rechazar la cruz, el dolor propio y el de la humanidad, se trata de asumirlo y transformarlo en el corazón, allí donde habita Dios, allí donde somos tocados, en lo profundo de nuestra experiencia, por la mano amiga y sufriente de la gracia de Jesucristo. «*A través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial*» (13).

No podemos olvidar que somos mensajeros del Evangelio de la paz y testigos del que ha resucitado de entre los muertos por vivir de modo pacífico y renunciar a la violencia. El espectáculo de la cruz, de la muerte violenta del justo, cuando lo contemplamos en silencio, no deja de surtir en nosotros un efecto positivo de amor, de misericordia y, en último extremo, de dulzura. Dios nos ama y eso alegra la vida. Dios se ha comprometido con nosotros, entra de lleno en nuestras vidas y eso nos hace ser dulces y justos en nuestras relaciones con los demás. «*He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*» (14).

Y, si participamos, como uno más, del sufrimiento y la amargura en la que viven los pobres, no nos queda más remedio que trabajar en pro de la justicia y de la dulzura en las relaciones humanas, tan rotas y dolorosas. Los

(12) Juan L. Ruiz de la Peña: *La otra divinación*. Ed. Sal Terrac, Santander, 1991, p. 245.

(13) Juan Pablo II: *Sacrifici Joboris*, 26.

(14) Ap 3, 20.

pobres sufren demasiado, aunque nos enseñan con su silencio peleón más de lo que nos imaginamos.

3. **La creatividad solidaria** es la tercera nota de la experiencia de la fe para ser una verdadera alternativa. La imagen que muchos jóvenes, y no tan jóvenes, retienen sobre la Iglesia es la de una institución vieja y aburrida que sólo piensa en sí misma y que está alejada de la gente sencilla, de las clases populares y de las culturas emergentes. La fe cristiana es en sí misma un fermento en la masa. Las parábolas del Reino, que nos presentan lo que Jesús pensaba sobre la Iglesia, en su dimensión de instrumento privilegiado del mismo, nos hablan de una alternativa creativa, creciente, abierta y expansiva. Las comparaciones de Jesús para acercar el Reino a nuestra mirada contemplativa nos invitan a comprender nuestra misión en la historia. Las parábolas hacen que la masa fermente, que la cosecha crezca, que lo escondido aparezca, que lo perdido vuelva a disfrutarse, que lo que verdaderamente tiene valor sea el objetivo de la vida... Cuando entramos en la comprensión del Reino nos volvemos creativos, queremos que se cuente con nuestras manos, con nuestros sentidos, con nuestras personas, para acelerar así la llegada del Reino, que ya está entre nosotros.

El ser humano ha de implicarse en la llegada de un Reino que es gratuito, que se regala. Todos los resortes humanos han de emplearse. Es posible que haya pasado ya aquella hora de la historia de la Iglesia española que se definió, en palabras de un canónigo malagueño de todos conocido, como «*creer es comprometerse*». Hoy no está de moda el compromiso en plan voluntarista, pero sigue siendo una exigencia de la vida cristiana el estar despiertos y el movilizarse por amor en aras de la transformación de las estructuras de un mundo que resulta humillante para la inmensa mayoría de los pobres del planeta. Por eso hemos de volvernos creativos, sacando del arca de la inteligencia y del corazón el instrumental que seamos capaces de generar y de poner a punto, para hacer que la humanidad pase del individualismo a la solidaridad del Reino. Pocas palabras son tan repetidas por nuestra cultura como «*solidaridad*». En ella estamos todos de acuerdo. Ahora bien, la fe puede dar un aporte magnífico a la solidaridad: de fidelidad, de ayuda completa y definitiva, de entrega radical hasta la muerte. El hombre y la mujer de fe son libres al entregarse de esa manera, «*en realidad nunca soy más libre que cuando, como ahora, respondo con amor a esa bofetada de amor*» (15). No hay más que ver a los religiosos, a los misioneros y a cuantos se comprometen de por vida en las causas pobres y en las causas de los pobres y de los marginados.

(15) Juan L. Ruiz de la Peña: *El don de Dios*. Ed. Sal Terrac, Santander, 1991, pp. 360-361.

Este mundo precisa de nuestra entrega, como precisó un día de la de Cristo, para poder llegar a su culminación. Necesita de todos y necesita, evidentemente, de los cristianos. Entre todos podemos cambiar las estructuras injustas para hacer que amanezca un día nuevo para el mundo, pero sin prisas y sin traumas, sin traspiés y sin forzamientos enrevesados.

4. La sabiduría de la espera. La impaciencia es una de las negatividades en la que se encuentra sumida nuestra sociedad ambiciosa. No tener prisa es tanto como saber esperar. La naturaleza nos avisa que todo llega, pero a su debido tiempo. La fruta tiene su tiempo y la flor el suyo, la desnudez del árbol tiene su época y el verdor fresco y reluciente la suya. No se puede pretender la floración en el otoño. Hay que saber esperar. De nada sirven las prisas. «*Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados*». «*No os agobiéis por el mañana. A cada día bastan sus afanes*».

La alternativa cristiana, para que sirva como confrontación llamativa que toque los espíritus, ha de plantear retos. No basta con decir palabras bonitas, es preciso vivir con este espíritu y de este espíritu para que la aportación de la experiencia de la fe sea verdadera y no se pierda en enunciados de deseos imposibles de alcanzar. Supone una seria confrontación para cualquier ciudadano de esta cultura el hecho incuestionable de encontrarse con personas que saben esperar y no fuerzan la marcha de la historia. Esto lo podemos aprender viviendo al lado de los pobres, de los que se muestran impotentes para cambiar las estructuras injustas de la vida. Es un rasgo de la Iglesia de los pobres el ser capaz de saber esperar, con una paciencia activa y comprometida, solidaria, cercana a las situaciones de desafío o de desamparo de los hermanos.

La fe cristiana, al lado de los pobres y de los oprimidos, tiene mucho que decir a esta sociedad impaciente y descorazonada. No hay prisas para nada. Todo está en las manos de Dios. Sin perder la compostura hay que pelear con dignidad «*el combate de la fe*», mientras llega el «*Día definitivo*». Y la vida cambiará.

5. La vida en común. La última nota. «*No hace falta más que mirar alrededor para ver que es el conjunto de nuestra sociedad el que está dominado por la neurosis de la posesión*» (16). Una sociedad individualista y que está enferma como consecuencia de un individualismo que proclama con potencia el «*sálvese quien pueda*» y un amor cuasi-divino por el dinero, necesita de alternativas que realmente le reporten soluciones eficaces y realistas, aunque sean dolorosas de

(16) Luis González Carvajal: *La crisis de los pobres, crisis de la Iglesia*. Ed. Sal Terrac. Santander, 1982, p. 31.

poner en marcha y aunque sea complicado el hecho de llegar a un sano convencimiento sobre su bondad. No les gusta al hombre o a la mujer que andan rápidamente y sin tiempo para la comunicación sentirse apresados por otros seres humanos que acaben molestando o manoseando su intimidad burguesa. Hay muchas dificultades en la sociedad posmoderna para estar a gusto y pacíficamente con uno mismo, para encontrarse relajado y en paz con el propio corazón, como para no permitirse el lujo de entrar en casa, cerrar la puerta y gozar por unos momentos de una ansiada soledad y un merecido descanso.

Todo el día nos sentimos apresados por la sociedad y por sus imposiciones e implicaciones directas o indirectas, que nos cansan y nos abruman. Existe en la sociedad un cansancio vital que se arrastra de día en día al no existir encuentros liberadores con uno mismo o con los demás. Las relaciones habituales en el mundo laboral o en la calle son duras, estereotipadas, confusas, opresivas, formalistas o superficiales. Todos hablamos de todos sin que exista una sensación de sabernos tratados con hondura, con detenimiento y con dignidad. Lo normal es mantener unas relaciones egoístas y selectivas para acabar constataando que, sacados de temas comunes y habituales de conversación, nos sentimos incapaces de entrar hasta el fondo y de gozar realmente del encuentro de los otros. Esto hace que las relaciones interpersonales estén viciadas y desesperanzadas. Nada nuevo nos pueden aportar, salvo dolores de cabeza, por lo que lo fácil y atractivo es encerrarse en uno mismo o en los suyos y huir de otras relaciones más allá de las absolutamente imprescindibles.

El drama de la soledad y de la incapacidad para saber comunicarse está amenazando a esta sociedad superavanzada en el campo de las comunicaciones. Y lo común se resiente. Aquí es donde puede y debe, con paciencia y con amor, aparecer, dentro de la gran Iglesia, la pequeña comunidad cristiana, dialogante, abierta a la auténtica comunicación, que ame la comprensión, que se pare en lo simple y lo sencillo, que favorezca el encuentro silencioso con Dios y con los hermanos, que evite el cotilleo, el malestar generalizado, lo depresivo, que enseñe a vivir en libertad y en contraste permanente con los hermanos, que anime a la corrección fraterna y evite la crítica corrosiva, que favorezca el debate y la diversidad pero que cultive una sola alma y un solo espíritu, el de Cristo. La pequeña comunidad vivida con intensidad y como un medio, nunca como un fin, puede ser una de las alternativas que nuestra sociedad espera de la experiencia de la fe cristiana. «*Se reúnen, dice el Vaticano II, acertadamente para dialogar en grupos pequeños..., de modo que aparezca siempre delante de los demás el signo de la comunidad de la Iglesia como verdadero testimonio de amor*» (17).

(16) *Apostolicam actuositatem*, 17.

El tiempo es propicio

NO se puede vivir sin Dios. Éste es un tiempo propicio para que los cristianos sepan entrar en el ser de Dios y desde allí, con su Palabra en los labios, y viviendo en el seno de la Iglesia, santa y pecadora, ofrecer una experiencia viva de fe y amor a este mundo, que sigue padeciendo enormes «dolores de parto» hasta que sea capaz de reencontrarse con su Señor y de aprender que «todo es gracia» (18).

(18) «Pronunció entonces... estas palabras...: "¡Qué enís dá! Todo es gracia"». Es el final de *Diario de un cura rural*, de Georges Bernanos, Ed. Círculo de Lectores, Barcelona, 1963, p. 311.